

Isla Verde, 5 de mayo de 1981

Querido amigo:

Gracias muchas por su carta del 12 de marzo, que me dio una gran alegría. Procuraré explicarle más adelante las razones de mi tardanza en contestarle. Pero antes deseo felicitarle afectuosamente y cálidamente por su reciente boda: ya sabe Vd. que siento por Priscilla una muy honda y genuina simpatía y admiración y cuánto aprecio el que ella haya sido para Vd., durante tantos años, a más de la compañera que Vd. merecía, una colaboradora inteligente en sus tareas filosóficas. Me sería muy grato, en efecto, visitarlos en alguna fecha próxima.

Puedo invocar, como excusa por no haberle contestado antes, el que he pasado unos meses particularmente intensos, tanto en el aspecto intelectual como afectivo. Respecto de lo primero: pese a estar retirado, he ofrecido dos cursos, en filosofía el uno en Derecho el otro; además, acepté desaprensivamente dichas cuatro conferencias, de las cuales una en inglés ([...il·legible]) y otra en [...il·legible] Alliance Française. La última fue la semana pasada. En cuanto al aspecto afectivo... También yo habré de contraer matrimonio este año, creo que en el verano próximo, presumo que en el día de Nuestra Señora del Carmen, 16 de julio, ya que mi amada, en efecto, se llama Carmen. Es puertorriqueña y profesora de ciencias políticas. Una de las diferencias con el caso soy deriva de que nuestras relaciones sólo comenzaron en enero de este año. Por tanto –y acaso esto le dé mayor peso a mi excusa- a las labores que ya le mencioné se han sumado las de enamorarla y procurar que el amor se afirme, cosa que al parecer va resultando... Dicho en serio: nos queremos mucho. Si todo resulta como esperamos, pasaremos en Washington unas semanas entre el 16 de julio y comienzos de agosto. Sería éste un período favorable para convenir un encuentro, ya sea en Washington o en Villanova. Si no he recibido carta suya para entonces, procuraré comunicarme con Vd. por teléfono.

Es una lástima, en verdad, que esa carta suya enviada a Ginebra se perdiera, pues sólo ahora me entero de que Vd. había contestado a mi largo escrito crítico, por lo menos a aquella parte de él directamente relacionado con su obra, aunque sin críticas Vd. a su vez mi solución de reemplazo, propuesta por mí con miras a una eventual integración en la que lo pensado por Vd. y lo pensado por mí operarían como concepciones límites. También le he agradecido mucho lo que Vd. escribió tan generosamente sobre mi pensamiento en su última versión del Diccionario. Es un cierto aliciente para quien, como yo, tiene el sentimiento de haber sido víctima de una injusticia histórica, templado por cierta perplejidad en cuanto a si tal pretendida “injusticia” no deba imputarse al hecho de no haber trabajado yo bastante, de no haber sabido presentar mi pensamiento en forma más acabada y orgánica (acaso por haber querido abarcar a la vez demasiados campos y actividades) o simplemente de no haberme preocupado suficientemente de mi propia promoción.

Hace unos días, se me ocurrió revisar el apartado que conservan a mi nombre en el Departamento de Filosofía y hacia el que rara vez miro, pues doy cursos nocturnos, y llego a la Universidad cuando las secretarías ya se han ido, y además las personas más próximas conocen mi apartado postal. Encontré allí, sepultada entre circulares y folletos o anuncios de editoriales, una carta de George Kline, invitándome a participar en un symposium en honor suyo. Me habría agradado mucho, por cierto, concurrir. Llamé de inmediato por teléfono al Departamento de Filosofía de Bryn Mawr y supe que Kline estaba de viaje y que el symposium ya se había efectuado. Es una lástima. Le ruego disculparme –también ante Kline, si el es posible.

Por favor, no deje de enviarme sus “relatos capitales”. Yo también le enviaré algo mío, para distraerlo. Verá Vd. que como el suyo, el espectro de mis intereses es muy – demasiado tal vez- amplio.

Mis felicitaciones y afectuosos recuerdos a Priscilla y un fuerte y amistoso abrazo para Vd.

[Signatura]